ESTUDIOS

Clásicos de América

Prosas y Versos de José Asunción Silva¹

YA en *Luz que flota en el olvido* (1939) nos había brindado García-Prada una de las más originales antologías compuestas en América. Libro en clave —que habría fascinado a Leonardo—, sus ciento veinte sonetos intentan expresar, en las desconectadas voces de treinta y tres poetas, la inquietud metafísica y el anhelo espiritual de Colombia. Un poema de Rafael Pombo descansa a manera de piedra angular en la esotérica arquitectura, y de ella se eleva, más sugerente aún que las del coro de poetas, la silenciosa voz del antologista. “Con verbo ajeno digo mi palabra”: tal la recóndita divisa de esta singular recopilación.

Ahora, después de una *Antología de líricos colombianos* (1936-37) y de una *Antología poética* del peruano González Prada (1940) —primer volumen de CLÁSICOS DE AMÉRICA, Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana—, nos da otra vez García-Prada la medida de su sagaz talento crítico en las *Prosas y versos* de José Asunción Silva, segundo volumen de esta serie.

Existen dos especies de poetas: los que en faena de rígida depuración elaboran su propia antología —los Vigny, los Poe, los Baudelaire, los Bécquer, los Mallarmé—, y aquellos otros que confían al tiempo la misión de destilar las puras esencias —los Quintana, los Byron, los Víctor Hugo, los Walt Whitman, los Verlaine. Pertenece José Asunción Silva al primer grupo: se diría que su obra

—no muy fecunda— ha pasado ya por las mallas de finos tamices. Fenómeno insólito en nuestro Continente, donde la expresión literaria tiende a la congestión: junto al sobrio verso de un Silva; cuánta ensordecedora verborrea!

Así, antologizar la obra poética de Silva no parece labor particularmente difícil, y, más que en el acierto de las selecciones felices, el mérito del nuevo libro de García-Prada reside en el magnífico ensayo preliminar sobre la vida, el carácter y los escritos del poeta. Tiene esta "Introducción" páginas escritas de mano maestra: la pintura de Silva, su temperamento, sus gustos, sus pesadumbres y sus paradojas; la descripción del medio familiar, del dandismo de los *cachacos* santafereños y de las camaraderías de la tertulia literaria y amiga; la reconstrucción del ambiente en que transcurrieron algunos de los más turbios días del poeta, en aquella Bogotá dormilona y romántica, enclavada en un melancólico rincón de su Sabana; y, sobre todo, algunas muy sutiles observaciones, confirmatorias de las excepcionales dotes críticas del autor. Las "Notas" epilogales son enjundiosas: muchas —como las dedicadas a los poemas "Día de Difuntos" y "Nocturno"— desbordan los límites del simple escolio y asumen categoría de breves y eruditos ensayos crítico-bibliográficos.

Cumple este libro de García-Prada una misión reparadora: representa, en cierto modo, la defensa de "Silva prosador", como el primer volumen de los CLÁSICOS DE AMÉRICA significó la vindicación de "González Prada poeta". Si gracias a las varias ediciones de sus libros y muy especialmente a las numerosas antologías de la poesía hispanoamericana (en las que el lírico bogotano ocupa invariable puesto de primera fila) la obra poética de Silva ha alcanzado difusión y renombre, no ocurre lo propio con sus escritos en prosa. Se repite el caso frecuente de ciertos desafortunados maestros de la prosa y el verso, en quienes, por fortuitas circunstancias, el prosador ofusca al poeta o el poeta eclipsa al prosador. Excepcionales se presentan los casos de un Quevedo, un Goethe, un Poe, un Gautier y un d'Annunzio, grandes prosadores, grandes poetas y usufructuarios dichosos de la doble fama: más frecuentes son las incidencias de un Emerson y un Sainte-Beuve, cuyos poemas paldescen injustamente ante el brillo de sus prosas magníficas, o las de un Bécquer y un Silva, cuyas prosas yacen injustificadamente menospreciadas a la sombra de sus versos geniales.

Afirma Unamuno que José Asunción Silva “fué el primero en llevar a la poesía hispanoamericana, y con ella a la española, ciertos tonos y ciertos aires...” Observación exacta, y aplicable a la prosa, a la que también aportó Silva “ciertos tonos y ciertos aires”, aires y tonos que marcaban una renovación de espíritu y de técnica. Cuando hacia mediados del 80 imperaba aún en América la imitación literaria de España y afligía a nuestro castellano la mórbida sintaxis de los prosadores peninsulares (señaladamente los *modelos* en boga, Catalina y Selgas), Silva asoma como uno de los primeros poseedores de una mentalidad nueva expresándose en una manera desespañolizada y también nueva.

A fines de 1883, emprendió Silva su viaje a Europa. García-Prada nos explica la profunda impresión que los dos años de residencia en París y Londres produjeron en el poeta: “Los espíritus lunares, como el suyo —y muy especialmente Baudelaire, Poe, de Musset, Herder, los hermanos Grimm y Stendhal—, le brindaron seductoras perspectivas de ensueño, o de pecado, inquietantes e irresistibles. Ramón y Cajal y Wundt lo iniciaron en el campo del análisis; Taine, Comte y Spencer, en el positivismo. Nietzsche y d’Annunzio encendieron en su corazón el anhelo de lo armonioso y de lo heroico, y Barrès y Bourget el deseo de cultivar el *Yo* ante todo, y el respeto a las jerarquías sociales. Wilde lo deslumbró con sus paradojas y su elegancia, y Bartrina y Heine le ofrecieron el filtro de su helada alegría y su sarcasmo doloroso. Renan y France le hicieron creer que la ironía es forma suprema de exquisitez, sin dejarle ver que también lo es de decadencia vital. Verlaine alimentó su amor a la música asordinada e imprecisa, y Mallarmé y Loti el gusto de lo raro y de lo exótico. Schopenhauer avivó su tristeza y desencanto, y la Bashkirtseff anidó en lo más recóndito de su alma solitaria el encanto inefable de un amor imposible... Silva extrajo de todos ellos las esencias que había de asimilar sin dejar de ser él mismo, al contrario, afirmando su personalidad. En 1885 volvió así formado a la andina ciudad remota de sus mayores...”

Si decisivas se advierten en la poesía de Silva las influencias de Heine y Bartrina, de Baudelaire y Poe, de Verlaine y Mallarmé, no lo son menos en su prosa las de Stendhal y Renan, las de France y Barrès, las de Wilde y d’Annunzio. Influencias no sentidas aún

en la literatura de América; pero que ya estremecen la pluma de Silva con un *frisson nouveau*. Torna de Europa con un acento inédito en su prosa: inédito, sobre todo, por la inusitada técnica; por ciertas puntas de ironía y ciertos filos de humorismo ajenos a la expresión hispanoamericana del momento, que debió hallar también en Eça de Queiroz; por la adjetivación sorpresiva y oportuna; por la frase nacida en lo que Flaubert llamaba "el ritmo esquivo de la prosa", ritmo sin las normas inflexibles de la preceptiva poética y para cuyo dominio se requieren supremas capacidades de artista. Bajo este punto de mira, la siguiente afirmación de García-Prada cobra un significativo alcance: "Fué Silva un artista de la palabra, un creador de prosas y poemas en los cuales el idioma castellano adquirió hondas y sutiles armonías y exquisitos poderes de sugerencia desconocidos antes en América y España". Si por su temperamento puede Silva parecer un romántico, por su arte debe reconocérsele como a uno de los más conscientes creadores del Modernismo. "De haber vivido más, quizá habría sido su pontífice mayor", asevera García-Prada.

De las ciento ochenta páginas que las secciones antológicas ocupan en el libro, sesenta están consagradas a la prosa de Silva. Con sensato criterio, el compilador ha excluido algunos escritos que figuran en las ediciones completas de las prosas: muchas páginas de la "novela" *De sobremesa*; el prólogo a un poema de Federico Rivas Frade; las apresuradas "noticias biográficas y literarias" sobre Anatole France, Tolstoi y Pierre Loti; las cartas a Baldomero Sanín Cano y Pablo Emilio Coll, de amena lectura, pero un tanto frívolas y picateras. Las selecciones denotan un exquisito sentido crítico, y las páginas en prosa resultan suficientes, aun en su brevedad, para dejar cumplido el manifiesto anhelo de García-Prada: consolidar —por no decir crear— la reputación de Silva como uno de los más notables prosadores de América.

Federico de Onís ha definido a José Asunción Silva en cuatro palabras certeras: "Gran señor en todo". Así, en efecto: gran señor en la vida y gran señor en la literatura, Silva es el paradigma del Hombre y del Escritor. Noble su vida, digna su muerte, sobrio y refinado su arte, Silva representa una cumbre de la perfección humana. Agradecemos a García-Prada este segundo volumen de los CLÁSICOS DE AMÉRICA, que con encomiable empeño ha editado el

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: afirmaríamos que constituye la Antología *definitiva* de José Asunción Silva, si el peligroso adjetivo pudiera aplicarse sin riesgo a arte tan caprichoso y mudable como la Crítica.

ALFREDO GONZÁLEZ-PRADA,
Nueva York.

1 CARLOS GARCÍA-PRADA, *José Asunción Silva—Prosas y Versos. Clásicos de América*—Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. México, D. F., Editorial Cultura, 1942. xxxv, 215 pp.